

Convergencias y divergencias entre Bolívar y Martí⁵⁸

Juan I. Jimenes Grullón

Fue tendencia clásica dentro de la Historiografía establecer paralelos entre los grandes hombres, siguiendo los moldes trazados por Plutarco. Presentábanse así las características fundamentales de cada psicología, o sus realizaciones en el campo de la acción. De las similitudes espirituales o del parecido entre los hechos, brotaba el paralelo. Por haber ambos realizado amplias conquistas, Plutarco estableció paralelismo entre Alejandro y Julio César, pese a los numerosos signos de contradicción existentes entre sus temperamentos y a la substancia, esencialmente diversa, que presidió y explica sus hazañas. La tendencia traduce, obviamente, falta de espíritu científico: no es en realidad histórica. La historia, tal como la concebimos hoy, poco tiene que ver con la psicografía o la narración de las actuaciones de un individuo. Ella es algo más hondo: es el estudio de la interdependencia entre el hombre, la comunidad de su época y los sucesos subsiguientes. En verdad, los tiempos dejan siempre su huella en cada espíritu e influyen de manera notoria en la orientación de los actos. A veces, esta influencia tiene tal poder, que desvía las proyecciones lógicas de una psicología. Y así dos hombres, que nacieron con idéntico *subtractum* íntimo, aparecen en la perspectiva histórica como seres netamente diferenciados.

Los modernos historiógrafos, al comprobar estas verdades, han dejado de mostrar interés por el tema —antaño apasionante—

⁵⁸ Conferencia pronunciada el 24 de abril de 1953.

de las vidas paralelas. Algunos llegan más lejos: afirman que, como los tiempos son siempre nuevos, todo intento por encontrar rasgos de identidad espiritual o convergencias de misión entre los grandes personajes históricos, es por fuerza baldío. No hay un hombre igual a otro, dicen. Y al hablar así, están teóricamente en la razón. Pero ello no obsta para que al adentrarnos en el análisis de los más sobresalientes prototipos humanos, dejemos de encontrar, junto a las divergencias naturales, que son siempre de cuantía impresionable, notables similitudes. La época actúa tanto sobre las unas como sobre las otras, pero pese a esa actuación, puede a veces vislumbrarse o captarse el elemento psicológico substancial, con el cual se nace, o para decirlo mejor: la idiosincrasia anímica. Naturalmente, el vislumbre o la captación nunca autoriza a proyectar al hombre fuera de su tiempo; pues el destino de cada cual está siempre moldeado por las apetencias de la comunidad, y lo que la historia busca, al estudiar a los hombres, no es su temperamento en sí, sino precisamente ese destino. Pensamos que sólo cuando el de uno se muestra armónico, en sus finalidades trascendentes, con el de otro, es que es válido establecer entre ambas vidas un paralelo.

Carlos Pereyra, eminente historiador mexicano, publicó hace tiempo un libro sobre Washington y Bolívar, que subtítulo: “Un paralelo imposible”. Si nos atuviéramos a las esencias personales y a las expresiones de las épocas, diríamos que es también imposible establecer un paralelo entre Bolívar y Martí. Pero como la historia es un todo orgánico y está animada por un sentido de permanente progreso; y frecuentemente la obra de uno de sus adalides es la continuación o la culminación de las realizaciones de otro, cosa mostrada por estos dos varones ejemplares, precisa rechazar la imposibilidad. Mas el rechazo no puede entrañar la omisión de las contradicciones que ofrecieron. En hombres como estos, es en ellas y en sus identidades o similitudes, donde la historia descubre la unidad de sus destinos.

Ambos vivieron a casi un siglo de distancia. Bolívar crece en la época del derrumbe feudal europeo —época de grandes transformaciones— y su juventud siente el contagio de los ideales de la Revolución francesa y el impacto de las hazañas de Bo-

naparte. Martí nace cuando ya la burguesía se había adueñado del poder en Europa y en América y la democracia capitalista iniciaba su notorio florecimiento. Presencias epocales llamadas a influir en sus vidas. Había, además, diversidad en las raíces. Bolívar surge en la opulencia. Pudo así lograr una educación esmerada y viajar por Europa en condiciones holgadísimas. Pese a su juventud, lleva allí vida de gran señor, frecuente tanto en París como en Madrid los más altos círculos sociales y se entrega con frenesí a los placeres mundanos. El amor toca a sus puertas, y él lo abraza con pasión. Mas es amor que lo lleva a la desdicha, pues Teresa, la adorada esposa, muere a los pocos meses de matrimonio. Durante esa época, apenas se acordó del dolor de su pueblo. Era un ser privilegiado, que malgastaba el dinero amasado con el sudor de los esclavos y, en el vértigo de la frivolidad, no había aún sabido darle un sentido a su vida. Su extraordinaria inteligencia, sin embargo, maduraba. Como maduraba también la valentía de su carácter. El fulgor de aquella y los arrebatos de esta eran frecuente pasmo de los salones. Poco a poco fue observando que cada deleite le dejaba un penar profundo, y que aquella existencia, aparentemente llena de satisfacciones y olopeles, estaba en realidad vacía. Fue entonces cuando su alma se irguió sobre su esterilidad y buscó rumbos ajustados a su naturaleza. Acudió al preceptor de su infancia, Simón Rodríguez, y con él dio un viaje a Italia. Allí, junto al Aventino, juró en presencia del maestro, dar la libertad a América. De regreso a su país natal, despiértase en él el afán conspirativo y da los primeros pasos en el camino de su futura gloria...

Buceando en estos hechos descubrimos, de primera intención, que el alto propósito que animó entonces su vida apenas tenía contacto con la realidad angustiada de sus pueblos. No es esta realidad lo que lo empuja, por encima de todo, a la lucha, sino más bien un ansia íntima de excelsitud y gloria. América no podía permanecer rezagada frente a una Europa en ebullición y progreso; tenía que dar un firme paso hacia adelante. ¡Y él se sentía con la capacidad para impulsarlo y dirigirlo! Logrado el triunfo, su fama se acrecentaría con los siglos.

En Martí vemos otro cuadro. Nació en la pobreza, y en ella se desarrolló su infancia. Ya adolescente, entra bajo el tutelaje espiritual de Rafael María Mendive y a su calor, su inteligencia se

desarrolla y se perfilan los rasgos fundamentales de su espíritu. Desde temprano, su sensibilidad se aguza y depura. Mira a su alrededor, y por donde quiera observa lágrimas. La patria sufre... Indignado ante esta realidad, estudia sus raíces. Y como ve en la opresión colonial al máximo culpable, decide, imberbe aún, luchar contra ella. Va a los actos y cae en el presidio. Allí, junto a su propio dolor y al dolor de los demás, toma una alta decisión: enrumba su vida al sacrificio. ¡Será lámpara que alumbrará caminos de libertad y dicha! Su dación es, por tanto, un producto de la propia masa, el fruto de la convicción de que el hombre sufre y de que solo dándose a él es como puede ese dolor superarse. Claro está: en daciones de ese tipo no hay nunca aspiración de gloria. Se ejecutan por imperativos de la conciencia, sin preocupación de lo que dirá el mañana y sin temor a las angustias que guarda el porvenir.

Ello ya denuncia los dos tipos diversos de personalidad y la actuación del ambiente. Mientras en Bolívar este permitió su abstracción de la tragedia de sus pueblos, en Martí fue el mayor incentivo de la lucha. En el primero, la opulencia fue razón del alejamiento; en el segundo, la pobreza fue estímulo de su presencia. Pero tanto en el uno como en el otro, la entrega al ideal revela méritos extraordinarios. Decidido a abrazar la gloria, Bolívar sacrifica las posibilidades de paz hogareña y todos sus bienes materiales; renuncia a sus posiciones de buen burgués para convertirse, como él mismo lo dijo, en un Quijote. Dedicado al desarrollo y mejoramiento de sus ricas posesiones, hubiera llegado a ser un potentado. Pero prefirió lo otro. Preferencia nacida de un impulso romántico y como tal, ajeno a la previsión de las acechanzas del destino. Veía el porvenir claro y se sintió con poder, por su inteligencia y su carácter, para realizar la obra. Hay sin par grandeza en la actitud, como también en la de Martí, pues este, aunque pobre, hubiera llegado a la opulencia si su talento y su perseverancia se hubiesen puesto al servicio de empresas materiales. En aquel, pasma el vuelco de hombre acaudalado a Libertador de un Continente. En este, admira y recoge su fidelidad para con los pobres de la tierra y su heroica devoción a la sublime empresa de llevar a ellos la alegría. Desde los inicios, en Martí florecen el sentido de santidad y la capacidad para el martirio. Va a la lucha por convicción, para cumplir, como el me-

jor, con un deber de humanidad, y a sabiendas de los sinsabores que lo aguardaban.

La génesis de ambas actitudes es pues, distinta. Pero estas no niegan las afinidades de sus almas. Como todos los grandes creadores de épocas, ambos eran apasionados. Se desbordaba esa pasión en el fuego del amor y en el fervor con que abrazaron sus respectivas causas. Ella explica, además, la pasmosa actividad de que dieron muestra y su constancia aún en medio de los peores reveses. Se sentían poseídos por el demonio de su propio ideal, que no les daba descanso. Junto a estas afinidades, aparecían las divergencias. La íntima orientación del afán —o sea la aspiración a la gloria— presenta a Bolívar como un prototipo, indudablemente excelso, de humanidad. En todo momento es hombre. Y hombre superior. Dados su romanticismo y su desvinculación del ambiente en que naciera, hubiera sido más lógico esperar de él una actuación rica en ilusiones y tan tocada por lo irreal, que tradujera un temperamento suprahumano. Pero la lógica erró en su caso. El romanticismo no fue más que el ímpetu conductor: ya en el frenesí de la lucha, surgieron las meditaciones y su robusto talento se orientó a las disciplinas sociológicas; estudió a fondo las condiciones de vida de nuestros pueblos y comprendió que su actividad libertadora tenía que ajustarse a ellas. Así fueron naciendo sus perfiles de legislador y de estadista. Inclinado estaba ahora ante la realidad, cuya naturaleza sin cesar ahondaba. Y lo hacía en el fragor de los combates, entre victorias y reveses. Ya su genio militar había despuntado y con él, la dureza, el sentido de la responsabilidad y la disciplina, el ímpetu heroico, las dotes de mando...

En Martí observamos otra evolución. Aun cuando orientó fundamentalmente su actividad a la lucha por la liberación de las Antillas, la inquietud máxima de su espíritu era la superación y la dicha humanas. Su única ambición: contribuir a ese propósito. El objetivo secreto de su ideal era, por tanto, el hombre, considerado en el plano cósmico. Si se dedicó a hacer patria fue porque tenía que dolerle más, como era lógico, la angustia de sus hermanos; y porque en la libertad de Cuba y de las Antillas veía el necesario equilibrio del Continente. Sus dotes de sociólogo y de estadista germinaron desde temprano: no fue el producto de la

lucha revolucionaria sino la manifestación natural de un talento que vivía atado al dolor y a las necesidades de América y del mundo. Humilde, albo siempre tanto en la intención como en el hecho, aparecía más que como un conductor de hombres, como un guía de almas. Era el moralista que, con su pluma, la palabra o la actitud, trataba de crear conciencias. Y todo ello explica que no tuviera naturaleza de guaiador militar y que careciera de la dureza y el resplandor apocalíptico del otro. Mientras Bolívar es humano, altamente humano, humano hasta en su amor legítimo a la gloria, Martí asoma como un ser excepcional, situado por encima del nivel de los hombres, que ha logrado domeñar toda pasión pequeña, se entrega a la pasión más alta y pura, y va conscientemente al martirio.

A ambos, la época brindó el material para sus respectivas actividades y los moldes de su afectividad y pensamiento. Naturalmente, como en todos los hombres que viven para la eternidad, los moldes frecuentemente se quebraban y surgían así el pensador o el poeta que trazaban nuevos caminos. Bolívar es un claro producto de la Revolución francesa y uno de los primeros paladines del romanticismo. Sin estos factores no sería explicable la colosal dimensión de su vida. La Revolución francesa lo deslumbra con su fondo y su forma.

Ofrece ante su pensamiento una nueva perspectiva ideológica y hechos y hombres de tal valor que lo obligaban a una meditación constante. La figura de Napoleón se impone ante su espíritu con su magnético brillo; pero la admiración que por ella siente no le cohibe el ejercicio de la crítica; ve a este hombre en su verdad desnuda: como un genio extraordinario en quien, a medida que pasan los años, se va apagando el ímpetu idealista que presidió su faena inicial. No justifica que, de soldado de la libertad, se convierta en conquistador de pueblos y acepte una corona. Y esta actitud delata el señorío que sobre él ejercían las Tablas de los Derechos del Hombre. Por encima de todo, se siente revolucionario; y atado, por tanto, a los principios de libertad, igualdad y fraternidad proclamados por aquel movimiento. Rousseau y Montesquieu son sus guías. En los comienzos, más el primero; en la madurez, el segundo. Y Rousseau, sobre todo, explica su fervor romántico, que se forta-

lece con el contacto del pensamiento europeo contemporáneo. Había allí entonces —principios del pasado siglo— un afán de supremacía de lo afectivo, de entrega total al ensueño, y él siente su contagio. De ahí su estilo literario, tan rico en hipérbolos, y el divino calor que inflama sus pasos más trascendentales.

También en Martí vemos ese impacto de la época. Ella le brindó el panorama de su patria encadenada y de una América Latina contradictoria, campo de miserias y de privilegios, donde las grandes mayorías, víctimas de la ignorancia y la explotación, no tenían la posibilidad de elevarse a la dicha y la cultura. Se sentía también soldado del Derecho y, en consecuencia, como Bolívar, impulsado por los ideales de la Revolución francesa; se entregó al romanticismo y esa entrega, parcial y temporal, da la explicación de muchos de sus actos juveniles. Fue, pues, como el otro, producto del siglo. Pero ambos pudieron hacer el milagro de pensar y crear para el porvenir, estando de pie sobre el presente. ¡Se salieron de los moldes de sus épocas! Y por ello: alcanzaron las cumbres de la excelsitud.

Lo hicieron, más que con la acción, con el pensamiento.

Su raíz y el siglo señalaban a Bolívar que el campo de su actividad no podía ser otro que su propia América. A ella viene a desarrollarla. Desde los inicios, se sienten las sacudidas de su genio. Así como se improvisa el ejército revolucionario, él se improvisa militar. Sucédense los triunfos y los reveses, las alegrías y las angustias. Comprueba la impreparación del pueblo para el ejercicio de la libertad, y de su mente brotan pensamientos notables gracias a cuya aplicación estima que será posible armonizar su ideal con las torvas realidades. El ímpetu romántico cede ya a la reflexión del sociólogo. Pero a veces vuelve a tomar fuerzas, pues la rica esencia de su naturaleza no había nacido para el permanente ajustamiento a lo circundante. Y aunque ve que la geografía, la economía y la incultura parecen valladares infranqueables, lanza primero la consigna de la Gran Colombia, y luego, la de la Federación de los pueblos americanos. Y crea todo un cuerpo de doctrina del cual extraería sus más hondas substancias, el Derecho Internacional Moderno.

En Martí, por el contrario, el sociólogo amortigua desde temprano el ímpetu romántico. Basta leer los trabajos que en

su juventud escribiera sobre Nuestra América para captar de inmediato el profundo estudio que él ya había hecho de nuestros problemas e impresionarnos con las soluciones ofrecidas. No era entonces el poeta que alzaba el vuelo de la imaginación a las alturas del ensueño, sino el pensador penetrante que se hundía en la realidad y blandía como espadas sus ideas de mejoramiento. Mientras Bolívar soñaba —y su sueño no era otra cosa que anticipación del porvenir—, él permanecía atado a la tierra, ahondando en nuestra naturaleza y nuestras posibilidades, y preparando, con meticuloso ordenamiento, la gran hazaña de la liberación de Cuba y Puerto Rico. Sus actos no nacían de la fiebre que da la exaltación en un poseso de un empeño, sino del diario enjuiciamiento de los hechos y de la convicción de su necesidad. Carecía del arrebató de Bolívar: tenía más bien la paciencia indispensable para lograr el acopio de elementos que garantizaran el triunfo. En vez de improvisar sobre la marcha, prefirió planear con anticipación, previéndolo todo. La epopeya fue así para él la culminación de un proceso vital consagrado a prepararla. No pueden separarse el uno de la otra. Y su mayor grandeza reside en la substancia del todo, que es afán de dicha universal y de armonía cósmica. Liberándose del romanticismo e imprimiéndole a la actividad rigor científico, sin menoscabo de la albura del propósito, Martí aunó el sentido práctico al vuelo idealista. Comprende que la lucha por la libertad de Cuba y Puerto Rico no es solo el deber máximo de sus hijos, sino una necesidad imperiosa para lograr el ajuste y la armonía del Continente; capta en su entraña el problema imperialista, precisando los peligros de la expansión norteamericana; y urge la unidad de nuestra América, unidad política y económica, como primer paso hacia la Federación Mundial. Patria, para él, era Humanidad. Vemos así que mientras en Bolívar la concepción americanista, de la cual fue indiscutible creador, es un brote intuitivo, en Martí es conclusión meditada y tiene mayor alcance. Al postularla, ambos se adelantaron al porvenir: obraron como genuinos creadores de épocas.

Creador de época fue también Martí en el campo literario. Como escritor, superó indudablemente a Bolívar. Lo era nato, de calidad excepcional e inagotable fuerza creadora. En su prosa cálida, desbordada, donde la riqueza y la multiplicidad

de las ideas compite con la belleza de la forma, está a menudo contenido el poema. En él, el poeta se alza a gran altura, y prosa y poesía abren nuevos horizontes literarios. No diremos que en estas artes estaba su vocación máxima; pero sí su habilidad mayor. Alma fue la suya de gran artista; aun lo más trivial que ella tocara, de inmediato cobraba aromas y destellos. Claro está: si su obra brilla con tan intenso fulgor es porque el artista estuvo siempre al servicio del apóstol, y así, tanto en el hecho, como en la prosa, el verso o el discurso, asomó siempre una perfección eurítmica cuya esencia era levadura de mejores tiempos. En pocos, como en él, la palabra fue instrumento de máxima utilidad para el empeño alto. Con ella —y con su prosa también— captó voluntades, las enardeció para la lucha y las contagió de su ensueño. Sus dotes oratorias llegan a las cumbres que, con las suyas, alcanzó Bolívar. Poseían ambos extraordinaria elocuencia. Subyugaban a las multitudes y deslumbraban a las minorías selectas. En Bolívar, sin embargo, el orador iba enmarcado en su época. Sus discursos, ricos en conceptos, son joyas radiantes; en ellos, las imágenes se suceden en tropel, nacidas, muchas veces, de las hazañas y los grandes hombres de la antigüedad. Pletóricos de colorido, delatan, en su forma, la influencia romántica. Pero eran más directos que los de Martí. Pues este, al hablar, hermanaba de tal modo el fulgor de la expresión a la variedad y la hondura de las ideas, que dejaba en el auditorio la impresión de lo sobrenatural, de lo extraordinariamente hermoso, pero oscuro... En verdad, esta impresión la deja también, frecuentemente, su prosa. Y es que el pensamiento desbordaba continuamente su riqueza, obligándolo a apretadas síntesis. De ahí: la enjundia de sus escritos. El pensador pugnaba, en la intimidad, con el artista. Escena casi permanente, que nunca se vislumbra en la prosa de Bolívar. Es esta rutilante y clara, vivida, integrada por períodos armoniosos de sostenido brillo. Prosa de un escritor de altura, reñido con la vulgaridad y leal a los cánones de la belleza. Es esta lealtad —lealtad a su naturaleza de artista— la que lo empuja, en momentos de excepcional inspiración, a concepciones calificadas como delirantes, que entran, obviamente, en el marco de lo poemático.

¿Quién duda que fuera poeta? El ciego impulso que lo llevó a sus grandes realizaciones, palpita de poesía; y poeta por

encima de todo, fue en muchos momentos estelares de su vida. Lo fue cuando, en 1812, desafió en Caracas, sacudida por el terremoto, a la naturaleza; cuando, derrotado, va, siendo casi un desconocido, a Cartagena, y allí logra formar un Ejército con el cual atraviesa los Andes y realiza la primera liberación de Venezuela; cuando postula, ante el asombro de sus contemporáneos, la tesis de la federación americana; cuando, después de vencer al enemigo y a la naturaleza, escala las cumbres del Potosí, y allí le canta a la nueva América. Poeta fue, además, y grande, en su amor siempre vivo a Manuela Sáenz y en el cuidado que puso de mantener su gloria inmaculada. En Martí vemos al plasma-dor de versos notables y al hombre que supo hacer de toda su vida un poema perfecto, cuya belleza ascendente culmina en la escena de la inmolación. De Bolívar no se han conservado versos; pero su existencia irrumpe en presencias poemáticas temporales, que llegan a lo sublime. E irrumpe en medio de una vida que tuvo que consagrarse a las armas, en cuya disciplina brilló con el relieve de los grandes capitanes de la historia.

¿Cómo explicar ese brillo? ¿No es acaso conocido que jamás él frecuentó una Academia Militar ni mostró interés, en su juventud, por las obras de estrategia? Se explica porque nació valiente, tozudo y con don de mando, y porque a esto unía un genio singular que se adaptaba maravillosamente a todas las necesidades. Puso ese genio al servicio del arte de la guerra. A diferencia de Napoleón, su obra, en este campo, fraterniza con la de los grandes militares de la antigüedad. No existía entonces una verdadera ciencia de la guerra; sobresalir en esta traducía talento intuitivo, aunado a otras dotes del carácter. Lo extraordinario en Bolívar es que supiera enriquecer su intuición con los conocimientos derivados del ejercicio. Cada experiencia, de victoria o de fracaso, le dejaba una enseñanza, cuya explicación científica buscaba, ardorosamente, en los tratados militares. Así, de estrategia instintivo fue paulatinamente transformándose en estrategia científico.

No cabía en Martí —ya lo dijimos— el cultivo de esta disciplina. Las esencias místicas de su alma aparecían reñidas con tan sangriento menester. Por otra parte, a su lado había hombres, hermanados en su voluntad de patria, capaces de ejercerlo.

Mientras Bolívar, por su empujamiento sobre los demás, se veía obligado a cubrir multitud de campos, Martí comprendía que su verdadera misión, en el caso de las Antillas, era la del organizador, el aunador de fuerzas y el guiador espiritual del movimiento. En realidad, su aparición se efectuó cuando ya una guerra, larga de diez años, había encendido en Cuba la llama del heroísmo. Aunque al iniciar su actividad revolucionaria la fruta no estaba aún madura, el terreno era, por tanto, fértil. A madurarla dedicó él los primeros empeños. Y solo cuando se percató de que la madurez era ya plena, dictó las órdenes para la gran hazaña. Procedió, pues, con el cuidado y la previsión del sabio. Bolívar no. Es verdad que se lanzó a la lucha aprovechando la coyuntura histórica de la invasión de España por Bonaparte. Pero aún si esta no se hubiera producido, habría dado el grito. Porque se sentía con el ímpetu necesario y consideraba que esa era su misión. Mientras en aquel hubo premeditación y largo decursar de preparativos, en este obró la exaltación. Y se encontró, de la noche a la mañana, con lo inesperado, forzándolo a una improvisación constante. Sobre sus hombros se echó las más pesadas cargas. Y aunque por dondequiera surgían a su paso los obstáculos, había en su espíritu la firme decisión de vencerlo. ¡Y lo logró! Pero el triunfo no fue completo. Pues si bien es cierto que al toque de su espada nacieron cinco naciones, tanto su ideal de crear hombres libres como su empeño de unificar el Continente, momentáneamente se frustraron.

Los caminos —insistamos en ello— fueron distintos. Por eso no puede sorprender que distintas, y a veces hasta invertidas, aparezcan las escenas en que intervinieron. Bolívar fue a la lucha rebosante de optimismo. Pensaba, en pleno ensueño romántico, que nadie podía negarle su cooperación. ¿Quién —se preguntaba a sí mismo— puede, siendo esclavo, rechazar los beneficios de la libertad? Asombro tuvo que sentir cuando vio la oposición de tantos compatriotas insignes; y cuando comprobó que gran parte del pueblo mísero se incorporaba a los ejércitos del Rey. Desde entonces, su alegría inicial, nacida del optimismo, trocóse en pesadumbre y en cólera. La libertad —bien lo comprendía y espanto causa la paradoja— tendría que ser impuesta por la fuerza. Era aquella convicción un duro golpe a su ideal romántico y una mina de dolor. No había, sin embargo,

posibilidad de retroceso. Su destino lo empujaba a la lucha y en ella persistiría. Mas la persistencia, sin manchar la pureza y el sentido idealista del propósito, se cargaría de observaciones trágicas y conclusiones lúgubres. Su América no era lo que él, en el alba de su conciencia, había soñado. La minaba la ignorancia y la llagaba la esclavitud. Con hombres habituados a estos terribles yugos, iba a ser casi imposible levantar el cetro de la libertad y la dicha. Pues no se pasa de un salto de la barbarie a la civilización y la cultura. Vemos entonces cómo, convencido de la fragilidad de su obra, medita y hace extraordinarios esfuerzos por salvarla. El sociólogo produce al legislador. Y este se muestra hondamente conservador dentro de su republicanismo. Postula la tesis de la Presidencia vitalicia y de un Senado, vitalicio también, que ejerza la función de un cuerpo de censores. No estaba preparada la América —decía— para la alternabilidad en el poder. Pues el pueblo no tenía conciencia de lo que era el voto y solo se movía a voluntad del caudillo. Si se admitía la alternabilidad advendría, creada por el desenfreno de los apetitos bastardos, la guerra civil permanente y con ella el caos. Precisaba, por tanto, crear un gobierno fuerte y honesto que, nacido de la voluntad popular, se dedicara durante años y años al empeño de la construcción civilizadora.

No cabe dudas de que, teóricamente, estaba en la razón. En lo que erró su juicio fue en presumir que una organización de ese tipo, o de cualquier otro, podía evitar la caída en la anarquía o en el despotismo. Pues, ¿qué significa la ley para un caudillo inculto levantado de la llanura a la cumbre por obra de sus victorias?, ¿qué sentido tiene ella para una masa gregaria que creció adiestrándose en costumbres bárbaras? El caos y el despotismo —con todo lo que este tiene de caótico— tenían que ser, por fatalidad histórica, las consecuencias inmediatas de la creación nacional. Ya había llegado a la madurez cuando él hubo de comprenderlo. Y aunque desde el fondo de su espíritu seguían brotando relámpagos de ensueño romántico, lo cierto es que para esta época, el discípulo de Rousseau apenas recordaba a su maestro: su pensamiento vivía apegado a la realidad y su alma se destrozaba en el dolor del fracaso por enrumbarla hacia la meta ansiada. Destino singular el suyo: a medida que las sonrisas del triunfo militar se multiplicaban, y que sus glorias de

libertador de pueblos alcanzaban, con la victoria de Ayacucho, su luz más radiosa, la pesadumbre fue creciendo en su espíritu hasta cobrar tono de tragedia. Su sino le decía que él había nacido para llevar una nueva vida al Continente y que la obra de la liberación de España no era más que el paso inicial. Pero no podía seguir adelante. Tropezaba con la traición del amigo, la voracidad de la minoría selecta y la barbarie de las masas. Luchador tesonero, se alzaba con más fuerza después de cada tropiezo; y en su afán de llevar a feliz término la obra, creyó imprescindible renunciar momentáneamente a principios que habían sido en él fundamentales y hacerle concesiones a la realidad para así, desde dentro, poder superarla. El sociólogo y el legislador se completaron con el político. Político de tanta penetración en lo ínfimo como en lo máximo, en lo banal como en lo trascendente. Aceptó la dictadura. Y mientras impartía hábiles instrucciones a sus amigos más fieles, encaminadas a mantener en pie el nuevo armazón institucional, daba los últimos toques a su proyecto magno de anfictionía americana y lanzaba la convocatoria del Congreso de Panamá. El dualismo de su personalidad y su destino asomó entonces imponente: de su cetro de ensueño descendió para asumir todo el poder, el poder que da la dictadura; y desde esta, a ras de tierra, alzaba de nuevo el vuelo hacia la quimera. Quimera que, con el devenir de los tiempos, iría ganando perfil de realidad. En ese dualismo latía el secreto de su drama. El brillo y la fuerza del político, poseídos por él en alto grado, nada decían a lo que era substancia de su vida. Esta substancia lo empujaba a lo grandioso, a la creación de un nuevo mundo para la libertad y el ejercicio de la virtud. Era, pues, un alma desgarrada, casi avergonzada de sí misma, la que por boca del dictador hablaba. Su dolor no tenía límites. Pero pensaba que iba a ser indudablemente mayor si, rehusando el supremo mando, dejaba a su América entregada a la convulsión y el probable aniquilamiento. Su conciencia le decía que su deber era continuar en la faena, para la salvación de su obra, aun a trueque de los más caros principios y de su paz y su alegría. En realidad, era un prisionero de las circunstancias. Y hombre al fin, daba claro testimonio de la imperfección de nuestra naturaleza, que tanto obliga a transigencias lacerantes. No veamos en él al santo. Veamos, por el contrario, lo humano en su máximo señorío y esplendor.

Busquemos, además, en cada una de sus caídas, la intención y el ambiente de que nacieron. Y comprobemos que ante él, en aquellos instantes, se presentó un dilema aciago: la dictadura o el desistimiento pleno. Lo primero abría posibilidades para la continuación de su empresa y la tesonera siembra de su ideal; lo segundo, por el contrario, entrañaba una huida en medio de la pelea y la firme seguridad del desmoronamiento total de sus realizaciones. Si se decidió por lo primero, fue porque quiso preservar a América de terribles males y al completar su gesta, hacer más luminosa y nítida su gloria. En verdad, si algo puede criticársele, no fue el hecho de que asumiera la dictadura, sino la esterilidad de la actitud. Porque de ningún modo podía entonces cristalizar su sueño... Pero no es crítica que lo mancha. Máxime cuando él mismo, con el decursar de los días, llegó a ese convencimiento. La copa de su dolor estaba ya colmada; y a dondequiera que dirigía la vista, veía espectros de pavor y de miseria. La ingratitud y la injusticia de los hombres lo empujaban a la desesperación. Se sentía, además, enfermo. Y optó por el renunciamiento. Declinó el poder y se fue casi solo a Cartagena, y de ahí a Santa Marta, a morir en la indigencia. Su voz íntima ya era un grito escéptico. Llegó a desconfiar de nuestros pueblos. Pero antes de morir urgió de nuevo, en patética despedida, la unión a los colombianos y su consagración a la causa de la libertad y de la Patria.

¡Qué diferente la ruta de Martí! En él, el dolor es, desde la infancia, compañero casi inseparable. Dolor nacido de sus luchas por el pan, de los sacrificios por su ideal y, sobre todo, de su conciencia del dolor del mundo. Toda lágrima vertida a su alrededor, él la hace suya... Comenzó a padecer desde niño. En la adolescencia, la prueba de la cárcel y los trabajos forzados acentuó el padecimiento y lo despojó de todo impulso de pasiones menores. Puro y albo aparece ya en su primer libro: *El Presidio Político en Cuba*, dorada urna del más elevado sentir y llamada angustiada a la justicia. Al través de sus páginas, inflamadas de soplos bíblicos, compruébase hasta dónde había llegado a herirlo la iniquidad. Y la herida lo empuja a sumisión apostólica. El dolor carcelario aparece como el punto de partida de su destino alto. A su conjuro, nacen en su mente las más hondas reflexiones y se hace firme la decisión de dar la vida

en bien de los hombres. Libre ya, penetró en el mundo. Y vio que era una cárcel más amplia donde los carceleros eran unos pocos privilegiados y los presos el pueblo. Hermanado a ese pueblo, siguió sufriendo. Comprendió que el éxito de toda misión dependía de la capacidad existente para ejercerla. Y como el destino le había hablado en lo íntimo diciéndole que él iba a ser guiador de hombres para empresas de libertad y de justicia, decidió penetrar en ellos, conocer no solo su realidad presente, sino la historia de su vida y sus instituciones. Se inclina entonces, ávido de saber, sobre los libros. En Europa obtiene un título. Pero no permanece en ella: vuelve a su América, donde el dolor es mayor y hay mayores urgencias humanas. Vino precozmente maduro, poseedor ya de una ética robusta, cincelada por el sufrimiento. Ética que reposaba en dos conceptos básicos: el amor y la justicia. Armado de ella, se lanza a la prédica. Y sigue estudiando. Más en el libro de la vida que en las obras de los autores. Ahonda en el alma colectiva. Descubre que en el hombre americano hay un fantástico potencial de virtud y de belleza, que no puede apenas florecer porque lo impide la injusticia. Ve en los padecimientos de la comunidad la consecuencia de una explotación secular, y su palabra, transformada en látigo, cae sobre las espaldas de los poderosos. En su Cuba supo cómo negros, mulatos y blancos, habían desafiado, en la Guerra de los Diez Años, el martirio y la muerte. En México y Centroamérica, lloró con la tristeza del indio, comprobó su virtud doméstica y su vocación por las artes plásticas y vislumbró la grandeza de su alma, rica en porvenir. Al llegar a Venezuela, buscó afanoso la estatua del Libertador y buriló, en su gloria, la joya del más hermoso panegírico. Y se aunó a los sabios y al hombre de la calle. En Santo Domingo, se deslumbra con la belleza de la tierra, ideal connubio de valles y montañas, y le canta al hombre, cuya generosidad hace estallar los pechos.

Ya había meditado a fondo sobre la historia de nuestros pueblos y llegado a claras conclusiones. Comprendía que la anarquía de la infancia nacional había sido una etapa inevitable, nacida del oscurantismo y la desigualdad prevaecientes antes de la génesis. De ella no era culpable el hombre, sino el sistema económico-social imperante ayer y prolongado hasta nuestros días. Sistema en el cual la incultura, la superstición religiosa y la

inequidad son bases fundamentales. La barbarie existió en muchos aspectos, pero solo ese sistema era su causa. Ley forzosa fue que el ascenso a la civilización se realizara, por ello mismo, en campos de violencia y sangre, entre destellos de virtud y explosiones de infamia. En vez de abjurar de las guerras civiles, veía en ellas pasos hacia el progreso y escuelas para el temple del alma. Pecado, signo de debilidad hubiera sido su ausencia, pues nada mejor que esta para eternizar el despotismo. Dondequiera que llegaba recibía, en bandejas de emocionada ternura, las dádivas del pueblo. ¡Cuánta bondad en aquellas almas, cuánta generosidad, cuánta capacidad para el trabajo decoroso y el arranque heroico! Brillaban estos excelsos dones del espíritu por encima de la opresión y la miseria. Y ese brillo despertó en su alma una honda fe. Confiaba en la virtud de nuestros pueblos y en su porvenir radioso. Y con esa confianza se hundió en la tumba... Confiaba porque su alma estaba hecha para medir honduras y captar la eternidad; porque buscaba siempre, con penetración de filósofo, la causa oculta de las realidades, lo que estaba más allá de los sucesos. Acostumbrado a sufrir, nunca permitió que el dolor quebrara la serenidad de su alma o desviara el rumbo recto de su visión. Esta iba siempre a la entraña de las cosas y era allí donde encontraba su alimento.

A medida que maduraba su vida, se iba acentuando en su intimidad la fe en nuestros pueblos y el firme propósito de entregarse a la faena de crear su dicha. En vez de evadir los sacrificios, con fervor los buscaba. Y así, hasta el momento de llegar a la manigua, sus horas fueron de agonía constante y dación sin límites. Entonces prodúcese algo milagroso: por primera vez florece en su espíritu, con carácter casi permanente, la alegría. Su prosa de esas semanas es sonrisa y ala, flota como un perfume suave y nos llega como el canto de un niño o el arrullo de palomas. ¡Ya no hay lágrimas en ella! Porque unido a los pobres de la tierra, siente su contacto generoso; y porque comprendía, en la hondura de su ser, que estaba ya cerca de la gloriosa culminación de su destino... Pero antes de llegar ahí, ¡qué titánica faena! De las más hondas meditaciones tenía que alejarse, como Bolívar, para la atención de lo rutinario; para armonizar, con habilidad política notoria, intereses encontrados; para recabar, a veces a fuerza de fervorosos ruegos, la cooperación necesaria; para aunar tantas

voluntades disímiles —y a menudo indiferentes— en el propósito común; para burlar el espionaje del enemigo; para construir, en suma, el armazón arquitectural de la magna empresa. Demostró entonces que aunque su aspiración era brindar a los hombres el cielo, vivía apegado a la tierra; y ser poseedor de dotes políticos excepcionales llamados a brillar en el ejercicio del gobierno.

Pero gobernar no era su destino. Además, el poder no es necesario para que el verdadero estadista deslumbre con su capacidad y sus concepciones. Tan estadista fue Bolívar con el supremo mando en las manos como cuando escribió, en el abandono y el dolor del exilio, su célebre carta a “Un caballero de Jamaica”. Mientras conspira, Martí ya es estadista. Así aparece en sus estudios sobre hombres y escenas norteamericanas; en sus trabajos sobre los problemas fundamentales de nuestros pueblos; en el señalamiento de las vías para nuestra superación y dicha; en su afán de unidad del Continente dentro de normas de decoro y de derecho; en su visión certera del peligro imperialista y de la necesidad de confederar urgentemente nuestras Antillas para poner así un fuerte valladar a la expansión norteamericana. Lo fue, además, al dar un rumbo trascendente a la lucha por la liberación de Cuba y Puerto Rico y al precisar, con escrupulosidad notoria, las altas finalidades del movimiento. En la obra de estadista de Bolívar se destacan la objetividad y la aguda penetración del sociólogo; en la de Martí brilla la hondura del pensador que, clavado en la tierra, señala rumbos hacia la eternidad.

Y así, junto a las diferencias, obsérvanse las similitudes. Bolívar es —insistamos en ello— fuerza de humanidad en su máximo apogeo y relieve. Y Martí, pasión de santidad en florecimiento perfecto. Mientras el primero deslumbra, el segundo arroba. Porque era mucho más humano, en Bolívar hay mayor número de contradicciones, que el escenario, vasto y tumultuoso, frecuentemente explica. ¡Cuántas veces actuó en forma contraria a su sentir! Él odiaba la crueldad. Sin embargo, a la devastación y el despiadado crimen del enemigo, contestó con la guerra a muerte. Gesto justificado por la historia, pero en pugna con las normas del sentir civilizado. ¡No dejaba él de comprenderlo! Se rebelaba ante la necesidad de utilizar la barbarie, para

combatirla. Pero no había otro camino... Si no obraba así, iba al fracaso. Estaba en el vértigo de la crueldad, tanto de los españoles como de los suyos, y forzoso era armarse de procedimientos crueles. Aun cuando ello le dejaba el alma desolada, y le hiciese derramar, en silencio, lágrimas. No había nacido para aquello. Se sentía, por el contrario, capaz de la mayor magnanimidad y el máximo desprendimiento. Magnánimo fue mil veces. Y desprendido hasta lo inconcebible. En ello fraterniza con Martí. Pero a este, la incapacidad para el mal y la injusticia, aun cuando fuesen necesarios, lo coloca en un nivel espiritual más alto. Imposible es imaginárnoslo empujando a los soldados a la devastación total y el aniquilamiento inmisericorde de todo cuanto fuese enemigo. La conclusión, sin embargo, desvalorízase al recordar los tiempos. Distinta era, para el uno y para el otro, la visión de los problemas. Mientras en Bolívar todo lo español era, en el frenesí de la guerra, objeto de odio, Martí, más inclinado a la reflexión filosófica y al enfoque universalista de los sucesos, distinguía en España dos realidades: una buena, integrada por la mayoría del pueblo; y otra mala, compuesta por los señores del privilegio, unidos a los militares y al clero. Por tanto, él no podía abjurar de todo lo español. El bien y el mal eran, a su juicio, fuerzas universales, que no tenían fronteras; y lo que daba presencia viva y mérito al hombre, no era la Patria, sino su limpia postura ante la vida. Concepción esta dominante en su espíritu, que delata la amplitud de su mirada y el sentido cósmico que imprimió a su empeño.

Reñido con el nacionalismo a ultranza, hizo, sin embargo, Patria. Pero mientras la hacía, pensaba en la Humanidad y en la contribución que al decoro de esta iba a brindar su obra. El apóstol y el filósofo imponíanse, por tanto, sobre el estadista. Y si este se destacó relevante, fue en función de su afán de fraternidad humana y de norte de una nueva época para la totalidad del hombre. Creemos que poco influyeron, en esta actitud, las corrientes filosóficas del momento. Es cierto que ya Augusto Comte había fundado el positivismo, en el cual veía una nueva religión para la Humanidad; y que Carlos Marx ya había lanzado, junto a Federico Engels, la consigna de la unión proletaria; al liberalismo clásico, sucedía el socialismo científico, con su programa internacionalista. Todo esto pudo dejar huellas en su es-

píritu; pero si así fue, ellas solo robustecieron el acervo de sus convicciones y alimentaron lo que era en él substancial razón de vida. En Bolívar, en cambio, la visión no tuvo tan largo alcance. No por falta de savia e impulso, sino por obra de las realidades. Estas imponían forzosas limitaciones. La época era de luchas imperiales y exacerbamientos patrióticos, de engrandecimiento nacional basado en la conquista. La industria estaba en pañales y las comunicaciones, difíciles y escasas, forzaban al aislamiento relativo de los grupos humanos. Era lógico, pues, que filósofos y estadistas pensaran y actuaran con ímpetus restringidos. Siendo la humanidad un todo casi gregario, no podían elaborar concepciones políticas que la abrazaran. El nacionalismo fue, por tanto, molde y ley de la conciencia pública. Bolívar no pudo substraerse a su imperio. Pero tuvo la grandeza de ensancharlo, de postular, frente a la tesis de la Patria chica, hija del momento histórico, el dilatado concepto de la gran Patria americana. No podía pedir-sele más, en el plano del pensamiento creador.

Ni es justo, a nuestro juicio, criticarle su conservadurismo, ampliamente explicado por su cuna, su ambiente juvenil, su amor al orden y la filosofía política imperante. Cuna y ambiente lo alejaron de las angustias del pueblo, en su adolescencia. Y como ya maduro, comprendió que la incultura popular no podía ser nunca base de una organización de hombres libres, rígida y civilizada, fue a las minorías selectas, pese a que estas habían sido y seguían siendo dueñas del privilegio. Pensó que solo ellas, por el elevado nivel educacional en que se hallaban, podían cooperar idóneamente al engrandecimiento de su obra. Al actuar así, siguió las pautas trazadas por la época. Época caracterizada por la victoria del pensamiento contrarrevolucionario y, en consecuencia, la sujeción de todo empeño de fraternidad internacional o de igualdad social, política y económica. Creemos firmemente que esta postura no disminuye su grandeza. Máxime cuando toda su vida de abnegación y su pasión fervorosa por la libertad testimonian que ella no era el producto de un anhelo íntimo, sino de hábitos, convicciones y necesidades.

Colocado en el amplio marco de la perspectiva histórica, comprendemos que su verdadera misión fue la de creador de nacionalidades. Aun cuando tuviera naturaleza para ir más lejos,

y en la intimidad, el impulso de ese afán de lejanía. Su tragedia nace precisamente de la espantosa contradicción entre sus posibilidades y su anhelo, entre lo que señala y dicta la historia, y lo que el hombre sueña y desea. Basta, para su gloria eterna, el haber derribado el poderío español en la América del Sur e iniciado en ella, firmemente, la vida republicana. Ya esto entraña un notorio salto hacia el progreso. Y la nitidez de ese salto, la mantuvo siempre inmaculada: se negó una y mil veces, pese a su conservadurismo, a aceptar una corona.

No pudo completar su misión. Pretendió liberar a Cuba y a Puerto Rico, y se desvanecieron sus planes. Le estaba reservada la obra a su continuador único: al nuevo guiador de pueblos, a José Martí. Y este la puso en marcha ampliando el concepto primigenio: ya no es solo América lo que está en juego, sino el destino del mundo; ya no es solo la libertad lo que se busca, sino también la justicia. Y al odio y la crueldad de las guerras de liberación del Continente, sucede una fuerza de amor y un impulso de ternura. Bolívar y Martí se aúnan en el dintel de la historia y crean un solo escenario. El uno inicia; el otro culmina. Son, en el fondo, expresiones fraternas de un mismo proceso. Proceso unitario y ascendente. En Bolívar encontró Martí la raíz; se deslumbró ante sus realizaciones; su vida fue para él estímulo y enseñanza; y ya en la labor trascendental que le señaló el destino, enriqueció sus conceptos y depuró su propia actividad de imperfecciones. Iba, indudablemente, a completar la obra del caraqueño insigne, trabajaría con el mismo impulso, pero daría a la creación un fervor de humanidad que jamás vieron los siglos. Y entregaría, en aras de ese fervor, su propia vida. El proceso, ascendente, se ensanchó así para bien del hombre. La historia lo mira como una entidad dinámica que camina hacia un destino todavía más alto. Y aunque el presente americano niega, en numerosos puntos del panorama, sus más puras esencias, día llegará en que los pueblos, cansados de la opresión y las lágrimas, precipitarán, a golpes de amor y sacrificio, la evolución del proceso y forjarán la nueva etapa. De América brotará entonces un canto jubiloso. Y sus cumbres y llanuras serán puntales firmes para los que luchan por la libertad y la justicia en todas las dimensiones de la tierra.